

## CAPITULO X.

**DONDE SE VE COMO SANSON DERROTÓ Á LOS HEBREOS.**

Nuestros lectores saben ya que el general Hernandez tuvo que renunciar á su plan de venganza contra David, debido á los manejos de D. José. Sigámoslo á su salida del ministerio.

Deseoso de neutralizar su disgusto por el mal resultado de sus proyectos, se encaminó á casa de D. Antonio, decidido á aclarar el estado en que se

hallaba el corazón de Rosa respecto de su persona.

Al entrar á la sala, encontró como de costumbre á la romántica beldad vestida con su habitual negligencia. Esta vez estaba realmente adormecida por efecto del fastidio. Tenia un libro en la mano.

Era « Los compañeros del silencio » : lo habia comenzado á leer con entusiasmo, porque el título le presagiaba una serie de sucesos poéticos, aéreos; pero contra su esperanza habia encontrado solamente bandidos, asesinatos, juramentos y conspiraciones. Como puede imaginarse el que haya leído la descripción que de su carácter hemos hecho en uno de nuestros capítulos anteriores, esto no cuadraba bien con sus ideas.

Lo único que le parecia soportable era aquella María de los Amalpi vagando por las cercanías de la cámara de mármol.

Lo imprevisto de la llegada del general la impidió estudiarse; mas á pesar de eso lo recibió con agrado.

— Rosita, le dijo el general, vengo decidido á obtener de Vd. una respuesta categórica; el amor

de David me inquieta aun, á lo menos mientras no tenga el derecho de llamar á Vd. mi esposa.

Rosa, que á pesar de su sueño no habia olvidado sus proyectos de elevacion, que por una coincidencia singular acababa de recorrer las páginas en que Teval descubre á los ojos de los lectores una parte del velo de sus novelescos misterios, que haciendo abstraccion del tipo físico de la Bárbara de Monteleone veia reproducidas en esa mujer sus tendencias, que, preciso es decirlo, hasta llegaba á envidiar aquella naturaleza que para lograr su objeto no perdonaba ni el mismo crimen; Rosa, decimos, se decidió instantáneamente á entretener al general durante algun tiempo á fin de observar mejor el camino que seguia su engrandecimiento.

Por eso se limitó á contestar á su pretendiente :

— No debe Vd. inquietarse por mis relaciones con David, están terminadas para siempre. Y luego añadió á fin de dirigir la mente del general al punto que deseaba : — ¡Sí! mi amor para con David ha sido tan efímero y pasajero como debia serlo.

El rudo entendimiento del general quiso explicarse la última parte de la frase de Rosa, y no pudiendo hacerlo le dijo :

— No comprendo á Vd.

— Bien claro está, contestó Rosa; ¿ cree Vd., general, que el amor profundo y verdadero pueda existir y desarrollarse sin fundamento ?

— Sin duda que no.

— Pues bien, no es David capaz de inspirar una pasión á una mujer como yo.

— Pero como es joven y elegante, balbuceó el general.

— Y nada mas, interrumpió Rosa; quédense esas cualidades para las que tratan de casarse con figurines, yo busco en mi marido algo mas que eso.

El general aventuró esta pregunta : — ¿ Y tendré yo eso mas que busca Vd ?

— Tal vez, contestó Rosa.

— ¿ Porqué no contestarme definitivamente ?

— Porque solo el tiempo puede decirlo.

— ¿ Pero cuáles son esas cualidades que Vd. busca ?

— El deseo de ser algo en el mundo y la constancia para conseguirlo.

— ¡ Oh!... exclamó el general entusiasmado al ver que se aclaraba el horizonte. Entonces yo tengo derecho mejor que otro alguno. Precisamente es lo que constituye mi carácter. Tengo dadas pruebas de ello y daré á Vd. mas si me las pide.

— Mire Vd., dijo Rosa, no es porque tenga ambición; pero esto de saber que hay un hombre que procura elevarse sobre los demás por su arrojo ó su inteligencia, que quiere salir de su pequeñez y que combate contra la suerte, es muy lisonjero para cualquiera que se pertenece, pero mucho mas para la mujer ante cuyas plantas viene luego á colocar los laureles que ha adquirido en los campos de la ciencia ó de batalla.

— Pues bien, dijo el general, si en eso consiste que yo sea dichoso, que me haga digno de Vd., estamos en una época muy á propósito para conseguirlo; no será ciertamente el camino de la ciencia el que me sirva para probar á Vd. la pasión que le tengo, pero será el de las batallas.

— Me es indiferente, ó mas bien dicho prefiero el camino que Vd. ha adoptado. Me han parecido siempre mas hermosos, mas grandes Alejandro dominando á las naciones al impulso de su intre-

pidez y Napoleon entre el estruendo de la artillería, que Ciceron conquistando las inteligencias con sus famosos discursos y Rousseau con sus escritos.

No sin objeto mezclaba la astuta Rosa el nombre de Napoleon en su plática de amores. Conocía el carácter del general y estaba segura de que este con poco trabajo se impondría la tarea de conquistar en Méjico la gloria que el gran capitán había adquirido en Austerlitz y Waterloo.

En efecto, desde ese instante Hernandez, el hijo del pobre zapatero de Coyoacan, estúpido como un iroqués, recordó la superioridad que obtuvo siempre entre sus compañeros los vagamundos, en sus batallas pedriles. Juzgó que le sería del mismo modo fácil sobreponerse á todos los militares de su época, y contagiado por el furor ambicioso de Rosa se propuso lograr á toda costa la elevacion con que su amada lo adormecía.

— ¡Sí! el mundo es muy pequeño para el que siente como yo el deseo de brillar. Siempre lo he tenido; pero desde hoy estoy seguro de conquistar mas gloria que cualquiera otro hombre, porque el amor de Vd. ha exaltado mi fantasía. Soy gene-

ral de brigada; pero si esto no basta, ahora que el gobierno piensa enviarme á una expedicion en contra de los rebeldes, me batiré, los venceré, los aniquilaré, volviendo en seguida á ofrecer á Vd. el nuevo grado con que el gobierno premiará mi valor. Al decir esto el general con la seguridad de un necio, con la fatuidad del que se bate en las recámaras, se levantó del asiento llevado de su entusiasmo. Su valor era en ese instante tan grande como el de D. Quijote acometiendo en sus delirios á todo un rebaño de ovejas.

Rosa exclamó: — Bien, muy bien.

El general, enloquecido por la aprobacion de Rosa, quiso manifestar que tambien conocia á los hombres grandes de la historia, y creyendo no equivocarse exclamó á su vez:

— Rosita, el amor de Vd. me hará insensible; sí, me siento tan fuerte como Sanson derrotando á todo el ejército de los *Hebreos*.

Rosa hizo un gesto de disgusto, al advertir la equivocacion del general.

Este, satisfecho con la respuesta de Rosa, creyó prudente emprender la retirada antes de que ella comenzara sus tareas musicales, pues, como he-

mos dicho, no era muy aficionado á los encantos de Orfeo.

Se despidió dejando á Rosa entregada á sus reflexiones.

— ¡Cómo ha de ser! exclamó esta cuando quedó sola, no puede hallarse todo á la vez. Este hombre es un tonto, voy á sacrificarme casándome con él; pero tendré una compensacion, lo dominaré, y entre la turba de magnates que me cercarán en la época de mi grandeza, no faltará un Rafael tan poético como el de Lamartine que realice mis ilusiones de amor.

En seguida saliendo de la sala se apoyó en la barandilla del corredor, y su mirada quedó fija por algunos momentos en un moceton robusto que, sin zapatos y con las mangas arrolladas de modo que dejaban ver unos brazos blancos y varoniles, aseaba las ruedas del coche con una cubeta llena de agua.

— Siempre, siempre, murmuró; ¿porqué fijo mi atencion en este hombre, porqué lo busco á pesar mio, porqué me estremezco interiormente cuando me dirige una de sus miradas; será amor

el que me inspire?... Imposible: es un hombre bajo, amarle seria una locura.

En el mismo instante el lacayo alzó la vista y dirigió á Rosa un saludo respetuoso acompañado de una sonrisa particular. Parecia que adivinaba los sentimientos de su ama. A pesar de sus reflexiones, Rosa no tuvo fuerzas para retirarse del corredor sino mucho despues que Mateo (este era el nombre del criado) hubo concluido su tarea.

Entonces avergonzada de sí misma al sospechar la causa de la atraccion que la arrastraba hácia un hombre *tan bajo*, volvió á la sala y queriendo ahogar su pena se puso al piano.

Decididamente no estaba para el caso, sus manos recorrieron el teclado con dificultad; todas las armonías le parecieron incompletas. Entonces se decidió á cantar: entonó una cancion triste; pero su alma, llevada de la melancolía, no podia separar de su imaginacion al hombre *indigno* que así la preocupaba. Dos lágrimas brotaron de sus párpados y cayeron sobre el teclado.

Eran las lágrimas del orgullo abatido.

La jóven aristócrata, la que negaba su amor al modesto David, la que juzgaba indigno de obtener

su mano al general, la que dominaba con sus miradas á una turba de jóvenes elegantes á quienes veía con desden, hubiera dado todos sus triunfos por una caricia de Mateo.

¿Es acaso esto un fenómeno? En ciertas organizaciones, no. En efecto, cuanto mas reconcentradas están las pasiones, cuanto mas combatidas por la imposibilidad relativa, tanto mas poderosas aparecen, tanto mas tienden á la expansion. Por regla general, nos atrevemos á asentar que el corazon humano es un volcan en que la lava terrible de las pasiones agita y conmueve el cerebro con las imágenes vivísimas del deleite.

Para apagar este incendio solo hay un medio, la moral. Para prevenirlo solo hay un recurso, una educacion moderadora de nuestros instintos.

Rosa no contaba con estos auxilios. Su padre, ya lo hemos dicho, solo habia cuidado de formar un corazon aparentemente bueno, cuya sensibilidad extraviada aplicaba á objetos indebidos. Por eso Rosa, que estaba á punto de desmayarse al escuchar las sentidas notas de los grandes artistas cuando se hallaba en la ópera, veía con indiferencia los espectáculos que ofrece frecuentemente

la multitud de seres desvalidos de nuestra sociedad.

En oposicion á esto, sus inclinaciones, no combatidas mas que por el orgullo y las falsas ideas de elevacion, buscaban su desarrollo en cualquier objeto. Si á esto añadimos la astucia con que Mateo habia sabido interesar el corazon de su ama, comprenderemos perfectamente el interés que esta tomaba por el criado.

Este, con una inteligencia superior á su esfera, estudió en poco tiempo el carácter de Rosa, bien que por otra parte la joven revelaba fácilmente lo que era.

Una aparente tristeza, cierta altivez para con sus compañeros y un agrado absoluto para con Rosa habian ido penetrando poco á poco en aquel corazon preparado á resistir los ataques de los seductores de la alta sociedad, pero absolutamente indefenso contra tan inesperado amante.

Si Mateo hubiera sido mujer, habria sido confidente de su ama. En su posicion habia logrado ser el objeto de sus miradas.

La razon, la reflexion, el orgullo se vieron subyugados, como hemos podido notarlo en las palabras de Rosa.

Dejémosla para pasar á la casa de David.

## CAPITULO XI.

**COMO EN ESTE MUNDO UNOS GANAN PERDIENDO Y OTROS  
PIERDEN PERDIENDO.**

Han pasado algunos días desde que dejamos á David enfermo.

Ya está convaleciendo de su herida. La crisis fué terrible. A los dos días se declaró la fiebre y con ella todos los síntomas de lo que se llama en términos propios peritonitis.

Rafael con la seguridad que da la ciencia recurrió á las sangrías y demás antiflogísticos con tal acierto, que logró combatir el mal sin auxilio ajeno; y debido á sus cuidados, la noche en que volvemos á la casa, David está en la sala en compañía de su familia.

Don Juan y D<sup>a</sup>. Isabel juegan al tresillo con D. José, nuestro conocido.

Rafael juega tambien con David al ajedrez.

Virginia, sentada entre Rafael y David, tiene entre sus manos el tejido que jamás abandona.

Don José no está, decididamente, de suerte esta noche. Cuantas veces se ha arriesgado á jugar ha recibido un codillo. Una sola vez ha logrado escaparse yéndose con oportunidad al plato.

Doña Isabel está furiosa porque cada vez que D. Juan ha jugado ha completado perfectamente sus basas, mientras que la señora, sin haber podido entrar una sola vez, tiene que resignarse á ver cómo desaparecen sus tantos yendo á residir en poder de D. Juan.

Este dice á D. José:

— Esta noche me ha dado Vd. una revancha completa.

Don José contestó:

— ¡Cómo ha de ser! puede que cambie el juego.

— ¡Qué juego ni qué juego! interrumpió D<sup>a</sup>. Isabel mirando á D. José con un aire rencoroso. No consiste en el juego; tres veces ha dejado Vd. pasar la basa que debia haber hecho. Si seguimos así, no juego mas.

— Por Dios, Isabel, ¿cómo haré para?... ¡Vaya! dijo interrumpiéndose para alzar su última basa. Dudaba de esta basa, pero el Sr. D. José....

— Don José, dijo D<sup>a</sup>. Isabel con violencia, no sabe lo que hace, ¡teniendo el as de bastos!

— Es verdad, dijo D. José con aire distraido, echando al soslayo una mirada sobre el grupo que formaban David, Rafael y Virginia.

En este lado Rafael igualmente estaba de mala suerte. Dos juegos habia perdido, y el tercero llevaba, como suele decirse, los mismos pasos. Cuantas veces habia adelantado una pieza para atacar á David, otras tantas lo habia colocado en



situacion que estaba defendido débilmente, de modo que su contrario habia obligado á su amigo á emprender la retirada. No faltaron ocasiones en que adelantase un caballo, un alfil y aun la reina con tal distraccion que David se habia visto obligado á hacerle notar su inadvertencia. A pesar de estas concesiones, Rafael estaba á punto de ver su rey enfilado por los roques de David.

¿En qué consistia que D. José y Rafael perdian?

En que ni el uno ni el otro fijaban su atencion en el juego.

Don José, cuyo amor por Virginia se habia desarrollado violentamente, era presa de la mas loca pasion.

Habia amado á Virginia con toda calma mientras no vió á su lado un rival; pero no fué así luego que Rafael se presentó en la casa de David, Rafael, lleno de juventud y de varonil hermosura, con una inteligencia modesta, con una dignidad dulce, con unas miradas y un lenguaje lleno de poética atraccion.

Luego que vió levantarse en su camino tan poderoso rival, el amor de D. José tomó unas proporciones gigantescas.

Solo, consideró que le convenia usar una táctica fina y disimulada para apoderarse del corazon de Virginia.

Esta, como el inocente pajarillo, habia comenzado á sentir la maléfica atraccion de aquella serpiente, y quién sabe si con el tiempo habria corrido voluntariamente á entregarse en los brazos del caduco enamorado.

Dicen que para librar á las víctimas de esa terrible fascinacion es necesario que pierdan de vista á su verdugo, fijando su atencion en otro objeto cualquiera.

Rafael vino á interrumpir la corriente magnética establecida por D. José, y este comenzó á temer que se le escapaba su víctima.

El prestigio que Rafael habia adquirido durante la enfermedad de David, le daba á aquel una confianza que lo pondria muy pronto en estado de obtener fácilmente lo que el mayor ambicionaba.

Este, que en su aislamiento habia seguido una táctica de calma y sagacidad, al aparecer Rafael olvidó sus planes, y á no haber mediado su segunda naturaleza, es decir, su costumbre de apa-

recer á los ojos de todos como un modelo de sensatez, habria descubierto su pasion.

Sin embargo de esto, esta noche ya hemos visto cómo da á conocer su preocupacion.

Los celos le impiden fijar su atencion en lo que hace, y mal de su grado sus ojos se vuelven continuamente en observacion de su amada y de Rafael.

Hé aquí porqué arrastraba, cuando no debía hacerlo, con grande enojo de D<sup>a</sup>. Isabel.

Rafael estaba tambien distraido, pero su corazon estaba agitado por sentimientos mas dulces.

Un amor puro como las espumas del torrente, ardiente y vivificador como los rayos del sol, animaba aquella alma inteligente y ardorosa.

Perdia sí; porque sus ojos radiando un dulce fuego se dirigian involuntariamente sobre la casta paloma, prisma de sus doradas ilusiones.

¿Qué podia importarle la pérdida de un alfil, si en cambio contemplaba por un momento aquella frente de alabastro que transparentaba la pureza mas ideal? ¿Qué la pérdida de la reina, si volviendo su cabeza aspiraba por un instante la

tibia respiracion de aquella niña tan amada? ¿Qué una derrota completa, si al recibir un jaque recogia un rayo de aquellos dulces ojos, una sonrisa de aquellos labios de rubí?

Por eso perdía Rafael.

Aquella muda correspondencia era observada por D. José, que, juzgando con su natural malicia, creía que aquellas miradas, aquellas sonrisas eran los anuncios de otra misteriosa correspondencia que le arrebatava sus esperanzas mas halagüeñas.

Una sonrisa mas marcada dió al traste con su paciencia, y dejando sobre la carpeta sus cartas que hubiera querido hacer pedazos, exclamó: — No es posible jugar con tan mala estrella. ¡Mañana estaré mas afortunado!

Doña Isabel, aunque mohina por el desfalco que habia sufrido su erario femenino, dejó tambien sus cartas por temor de seguir perdiendo.

Don Juan se puso á hacer cuentas de su ganancia, que montaba á un duro escaso.

En el mismo instante David obligaba al rey contrario á dar un paso que lo dejaba encerrado de modo que adelantando uno de sus caballos David daba *jaque mate*.

— Muy bien, dijo Rafael, tres juegos me has ganado, mientras que yo no he podido darte un solo jaque.

Diciendo esto se levantó.

El mayor, temiendo verse precisado á acompañarse con su rival, se apresuró contra su costumbre á despedirse, y despues de haber saludado á todos con su afabilidad de costumbre, envuelto cuidadosamente en los anchos pliegues de su capa española, salió de la casa despechado murmurando :

— Maldita suerte, es necesario cambiar de juego; y se perdió como un fantasma entre las sombras que proyectaban los faroles.

Rafael tambien se despidió, pero tranquilo, murmurando tambien :

— ¿Cómo pudiera averiguar si ella me ama?

Hé aquí cómo sucede que en este mundo de los que juegan unos ganan perdiendo y otros pierden perdiendo.

## CAPITULO XII.

### EL SUEÑO DE LOS RIVALES.

Despues de haber atravesado la plazuela de Santo Domingo y las calles intermedias hasta la de Cordobanes, el oficial mayor tocó á la puerta de un zaguan pequeño que se abrió inmediatamente.

Atravesó un pequeño patio que podia verse